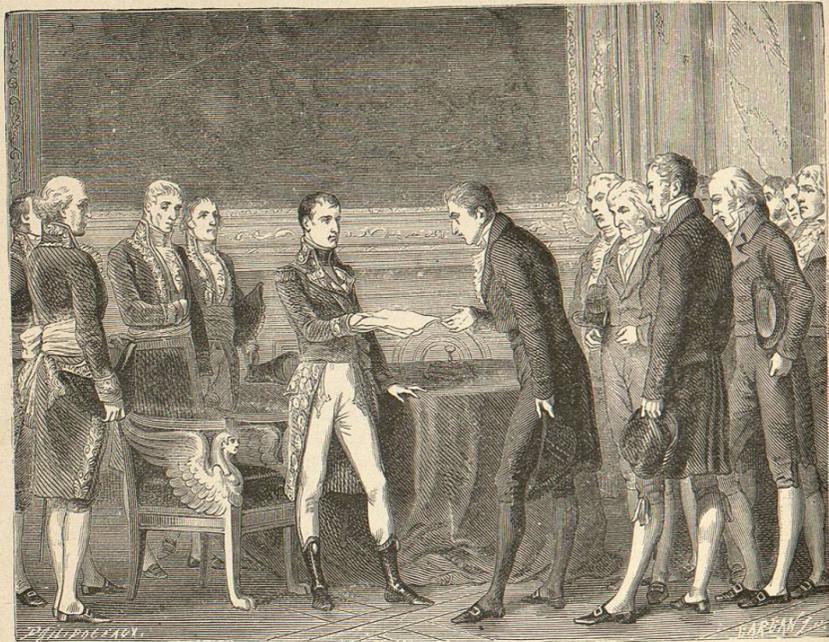


Francia en Inglaterra, el general Andreossy (1), con lo cual se señalaba de una vez para siempre el tono que desde entonces volvió á dominar en las relaciones entre ambos gabinetes.

Napoleon reunió los recursos necesarios para la nueva guerra por medio de un buen negocio (2), vendiendo á los Estados Unidos la Luisiana, comarca de la desembocadura del Misisipi que era de inapreciable valor para el Norte-América y á la cual Francia no podia defender en tiempo de guerra ni explotar en tiempo de paz. El precio de la venta fué de 80 millones, de los cuales 60 pasaron al Tesoro y los otros 20 los percibió el comercio norte-americano como indemnizacion de los buques injustamente apresados durante la última guer-

ra. El gabinete inglés, decidido de antemano á la guerra por motivos que mas adelante veremos, envió en 23 de abril á Paris un ultimatum inaceptable, en el cual no se ofrecia mas que el reconocimiento del nuevo orden de cosas en Italia y se pedia, en cambio, la posesion de Malta por diez años, la cesion de la isla Lampedusa, la inmediata evacuacion de Suiza y Holanda y una determinada indemnizacion para el rey de Cerdeña. Este ultimatum fué naturalmente rechazado y en 17 de mayo de 1803 se retiraron de las respectivas cortes los embajadores. Desde entonces, no se llegó nunca entre Napoleon é Inglaterra ni siquiera á una apariencia de paz, como habia sido la convenida en Amiens.



El primer cónsul entregando á los diputados suizos el acta de mediacion.

CAPÍTULO V

FEDERICO GUILLERMO III Y LA NEUTRALIDAD DE PRUSIA

La fatalidad que sobre Prusia pesaba en aquella época consistia en que esta nacion se encontraba puesta entre dos antítesis sin poderse decidir por ninguna de ellas, y al propio tiempo carecia de medios para sobreponerse á las dos y crearse con sus propias fuerzas una situacion propia. Lo que era lo debía á la lucha ó por lo menos á la contradiccion con el Sacro Imperio Romano, con sus organizaciones mundanas y eclesiásticas, con la política universal y dinástica de sus emperadores; en su consecuencia, no podia hacer, para la conservacion del imperio romano y de sus columnas, el sacrificio de sus electores y fundadores eclesiásticos, de los caballeros, condes, ciudades y aldeas imperiales. La revolucion con que la Francia amenazaba á este Sacro Imperio Romano no podia hallar en ella oposicion sin atentar á las leyes de su propia existencia: todo su porvenir dependia de verse, con todo el pueblo aleman, libre de aquella sociedad fósil que estaba en-

(1) *Corresp.*, VIII, pág. 247.

(2) Thiers, tomo IV, págs. 316-322.

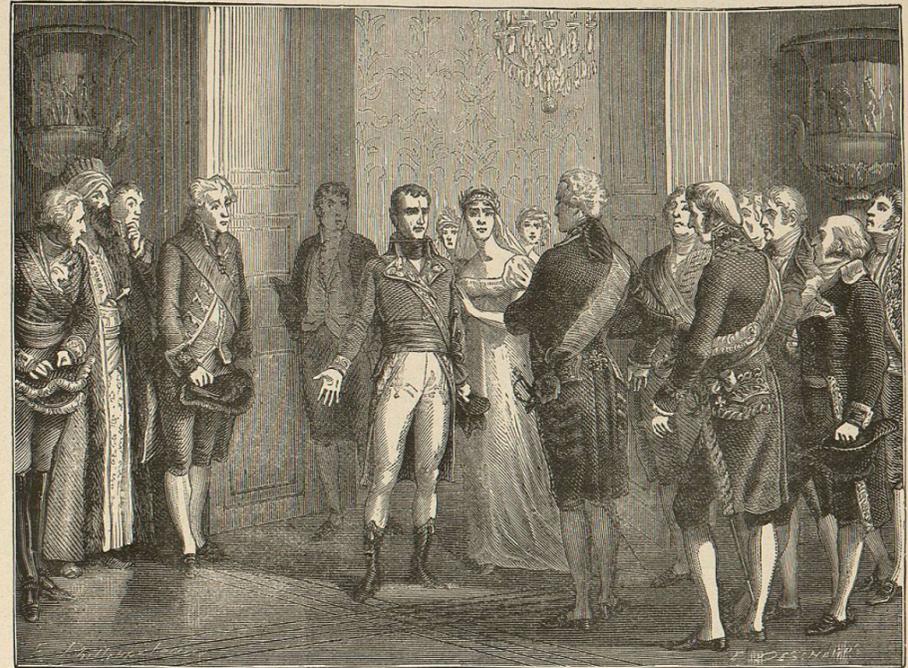
cerrada en las palabras «emperador é imperio,» en el sentido en que entonces eran entendidas. Por otro lado, como gran potencia cuyos intereses estaban incondicionalmente ligados con los de la nacion alemana, no podia someterse á la política francesa, que se traducia por el robo, el saqueo y la devastacion de las comarcas alemanas, por el avasallamiento de los príncipes alemanes, por la definitiva servidumbre del pueblo aleman. No podia ni hacer la guerra del imperio al servicio del emperador, ni la guerra revolucionaria al servicio de Francia; y siendo demasiado débil para ofrecer la paz á ambas naciones, no le quedó mas recurso que permanecer neutral y consolarse de las desdichas que en aquellos tiempos tenian que sufrir las potencias neutrales, con el convencimiento de que los intereses vitales de Prusia no podian ganar y antes bien podian perder por una y otra parte.

Tal es el punto de vista desde el cual debemos juzgar aquella época, tan injuriada, de la política prusiana, y esta manera de juzgar habria sido general si durante muchos años no se hubieran profesado ideas equivocadas acerca de la impotencia interior de esta monarquía, en apariencia tan poderosa, y acerca de la dura necesidad que imponia sus leyes á sus reyes y á sus ministros. Si en aquella época el Estado de Federico el Grande estuvo por su actividad ó por su inercia en

contradiccion con la opinion pública, culpa fué ciertamente de la mas ó menos repentina explosion del convencimiento de su debilidad. El mundo no se enteró de ello, pues la primera regla de prudencia de esta política fué guardar el mas profundo secreto sobre este sentimiento de debilidad: nuestros padres no han sabido como sabemos nosotros que este misterio era perfectamente conocido de los iniciados. Prusia era sencillamente demasiado pobre para sostener la política tal como queria el conde Hertzberg (1); para ello no tenia dinero ni crédito. Los gastos que habian ocasionado en 1787 la guerra de Holanda, en 1790 los aprestos contra el Aus-

tria y, finalmente, en 1792 la expedicion á Champaña, habian agotado por completo las cajas del Tesoro prusiano. El Tesoro público estaba tan exhausto que para el año de guerra de 1792 á 1793 hubo que hacer un empréstito de diez millones de thalers (2), y cuando en octubre de 1794 se suspendió el pago de los subsidios ingleses, se experimentó una miseria tal que el rey tuvo necesariamente que escoger entre la paz ó la bancarrota. Si no se hubiera hecho la paz de Basilea ó habria tenido que licenciar á sus tropas ó dejar de pagar á los empleados (3).

La falta de libertad de accion que nace de la carencia de



Napoleon apostrofando á lord Whitworth en presencia del cuerpo diplomático.

recursos fué la maldiccion que pesó sobre la política prusiana: la misma necesidad que hizo imposible en Basilea la defensa del derecho propio, porque desgraciadamente no podia intentarse un rompimiento, obligó á aceptar la tercera desmembracion de Polonia (4), acerca de la cual escribia Federico Guillermo, en 25 de agosto de 1795, á Hardenberg: «No soy yo quien ha buscado ó deseado esta última desmembracion: estoy muy léjos de hacerme ilusiones acerca de los inconvenientes que puede traer consigo, pero desgraciadamente no estaba en mi mano el impedirlo; si lo hubiera intentado me habria visto enredado, en las condiciones mas desfavorables, en una guerra con las cortes imperiales, que he debido evitar en consideracion á la situacion interior de mis Estados (5).» Los diez años de paz de que disfrutó el Norte de Alemania por efecto del tratado de Basilea fueron extraor-

dinariamente beneficiosos para la vida moral de la nacion alemana, pues la elevaron hasta el mas noble florecimiento y maduraron sus mas óptimos frutos. Pero el Estado prusiano no alcanzó, durante esta época, ni mas consideracion en el exterior ni mayor fuerza en el interior: para él, esta década fué la preparacion de una gran catástrofe.

A la neutralidad de Prusia le faltaba la dignidad, porque era impuesta por la necesidad y porque en su conducta debía evitar todo aquello que hubiera podido exponerla á tener que hacer una demostracion de fuerza. Contra la creacion de una línea de demarcacion armada para defender militarmente la neutralidad contra todas las agresiones, manifestó el ministro, baron de Alvensleben (6), «que el fundamento principal y quizás el único que habia inducido á S. M. á firmar la paz de Basilea habia sido la falta de medios para continuar la guerra y la imposibilidad manifiesta de procurárselos. — La declaracion — añadia — de que el rey no consentirá nunca que sea atacado el Norte de Alemania la considero demasiado decisiva, dada nuestra situacion, tanto mas, cuanto

(1) Parte primera.

(2) Philippson, tomo II, pág. 104.

(3) Philippson, tomo II, pág. 111. Véase Riedel: *La hacienda brandeburgo-prusiana*, pág. 195.

(4) Parte primera.

(5) Ranke: *Memorias del canciller de Estado, el príncipe Hardenberg*. Berlin, 1877, tomo I, pág. 326.

(6) Nota de 21 de febrero de 1796, en P. Bailieu: *Prusia y Francia, 1795-1807*, tomo I, pág. 49.

que no hay que perder nunca de vista el principio de que la falta de dinero ha hecho necesaria la paz de Basilea y que la seguridad del Norte de Alemania no puede ser considerada como base de esta paz. Si persistimos en este último fundamento y queremos apoyarlo por medio de cuerpos de observación que sean una amenaza indirecta, confundiremos el efecto inmediato de la paz, cual es la tranquilidad del Norte, con su única causa, es decir, la falta de dinero. Esta falta de dinero existe todavía en toda su extensión y es más manifiesta que nunca, y en cuanto á los medios de salir de ella podemos decir que son completamente nulos.» En efecto, el ministro de Hacienda, Struensée, escribía en 19 de febrero: «Nuestras cajas están vacías, y con todas las economías que pueden hacerse en el país no se llegaría ciertamente á reunir el dinero que se necesita para tener en pié de guerra un ejército de 25,000 hombres.» En tales circunstancias, lo mejor que podía desearse era que Francia ofreciese espontáneamente lo que Prusia no se encontraba en estado de exigir. En dos tratados que firmaron en Berlín el conde Haugwitz y el embajador francés Caillard, uno provisional en 16 de julio y otro definitivo en 5 de agosto (1), reconoció Francia la neutralidad del Norte de Alemania, aseguró á Prusia que renunciaba á toda reclamación sobre la cesión de la orilla izquierda del Rin y prometió, para el caso de que ésta tuviera efecto, compensaciones en Munster y Recklinghausen análogas á las convenidas para el príncipe de Orange y el landgrave de Hesse.

Cuando Federico Guillermo II conoció que se acercaba su fin recordó con doloroso arrepentimiento la guerra de 1792, que consideraba como la primera de las grandes faltas por él cometidas. «Nunca hubiera debido emprender esta guerra, — decía el moribundo al conde Haugwitz. — ¡Si á lo menos entonces hubieseis estado vos á mi lado! No abandoneis á mi hijo. ¡Prometédme! (2)!» Agitado su ánimo por estas ideas, falleció en 16 de noviembre de 1797 aquel monarca, que apenas contaba cincuenta y tres años de edad, y su hijo Federico Guillermo III (que nació en 3 de agosto de 1770) heredó con el trono estos sentimientos de su padre. El ministro que poseía toda su confianza, como había poseído la de su padre, el mismo conde Haugwitz, había refrenado, en 25 de mayo de 1795, el ardor de Hardenberg con las siguientes palabras: «Mas que nunca nos conviene ahora guardar los preceptos de una conducta prudente y moderada que, esencialmente negativa, nos impone como ley el mezclarnos lo menos posible en los asuntos de los demás. Únicamente en caso de que se nos dirija un llamamiento expreso podremos hacerlo, y aun entonces solo en cuanto nuestros buenos servicios puedan contribuir á la reconciliación de las potencias beligerantes (3).» En todo conforme con esta declaración fué la profesión de fe que el joven rey hizo, en 16 de octubre de 1798, al príncipe Enrique y á la cual permaneció fiel durante toda su vida: «Todo el mundo sabe que abomino la guerra y que no conozco mayor bien en esta tierra que la conservación de la paz y de la tranquilidad, pues este es el único sistema que puede hacer feliz á la humanidad; de suerte que si algún día me veo obligado contra mi voluntad á empuñar de nuevo las armas será para hacer una guerra no caprichosa, sino de nación contra nación: la nación luchará, en este caso, por sus hogares, y no abrigo la menor duda de que entonces el pueblo se alzaría como un solo hombre para rechazar un ataque tan temerario (4).» De la imparcial apreciación de este punto de vista depende todo el juicio

(1) Bailieu, tomo I, XXVII.

(2) Ranke: *Memorias de Hardenberg*, tomo I, pág. 399.

(3) Bailieu, tomo I, XIV.

(4) Bailieu, tomo I, XLVII.

crítico que haremos de este rey, tan mal conocido, y de su conducta política.

Juzgar acertadamente al joven Federico Guillermo era tarea demasiado difícil para los que cerca de él vivieron, pues carecía de las cualidades que llaman la atención de las personas superficiales, por lo mismo que les evita ulteriores meditaciones, y ver el fondo de una naturaleza que ella misma se da á luz no es cosa propia del vulgo. Lo mejor que se ha dicho acerca de su modo de ser especial, es lo que de él dijo su tío, el sabio príncipe Enrique, cuando aun era príncipe heredero. El francés Caillard, que es quien nos ha transmitido sus palabras, cree que éstas confirmaban en todo la descripción que antes le había hecho el conde Haugwitz (5). «El príncipe heredero, — dijo el príncipe Enrique á Caillard, — no tiene en su favor las formas exteriores: es un tanto rudo, no sabe expresarse con elegancia ni fluidez y carece de conocimientos acerca de casi todo lo que es ajeno al arte militar. En el fondo tiene cierta severidad que algunas veces podreis haber tomado por rudeza, pero en un hombre que ha de gobernar á los demás, las formas exteriores nada representan si el fondo es realmente bueno, y éste en el príncipe es inmejorable. La brillantez de espíritu está reemplazada en él por el buen sentido. Su aparente severidad procede de un sentido sólidamente perfeccionado que le induce á la justicia, al orden y á la economía. Tiene la suerte de saber que en punto á instrucción le falta mucho, y no se hace ilusión alguna sobre este particular. Pero no vayais á creer que sin meditarlo se someta á la opinión de los que le rodean, sino que antes quiere que le ilustren y le convenzan, y luego se decide, con buenos fundamentos, despues de haber pesado todas las objeciones que á su mente se presentan.» Como servicio debido á sus dotes persuasivas, invocó Enrique el supuesto triunfo de haberse convencido el príncipe heredero de la necesidad de la alianza con Francia, y añadía que el conde Haugwitz había entrado decididamente en el partido francés, lo cual era inexacto, y terminaba con las siguientes palabras: «Su ayudante Kockeritz, á quien él inicia en todos sus secretos, es afortunadamente un hombre justo y virtuoso. Su esposa es un ángel, ejemplo de bondad y de talento. No temais nada de los iluminados: esta es una raza á quien él abomina y que nunca hallará en él buena acogida. Tened la seguridad de que el príncipe heredero es un hombre honrado y como está dotado de gran energía, aunque no se decide fácilmente, cuando toma una resolución puede contarse incondicionalmente con él.»

La campaña de 1792 había hecho nacer en Federico Guillermo un gran horror hácia las crueldades y males de la guerra; y la consideración de los apuros pecuniarios que por su propia culpa había pasado su padre le inspiró un gran afán de economía, que fué precisamente el rasgo que inmediatamente despues de haberse hecho cargo del gobierno causó una impresión profunda. Ya en 18 de diciembre de 1797 escribía Caillard á Paris: «Ahora comienza la soberanía del derecho, del orden y de la economía,» y en 31 de enero de 1798 hacía una elocuente descripción de la «nueva corte» que era la antítesis de la antigua (6) en todo, y especialmente en que, por una severa regla de conducta, todo estaba sometido al derecho y nada quedaba expuesto á la arbitrariedad. El régimen de concubinas y de ayudas de cámara había desaparecido: nada se conseguía ya por el favor, y todo se lograba únicamente por el mérito. Bischoffwerder fué licenciado con una pensión de 1,200 thalers; la condesa de Lichtenau fué sometida á un procedimiento criminal; de los ayu-

(5) *Memoria de 1.º de julio de 1797*, en Bailieu, tomo I, páginas 459-60.

(6) Bailieu, tomo I, págs. 466-469.

dantes del difunto monarca solo continuó en su puesto el coronel de Zastrow, cuya rectitud se había visto expuesta, en medio de la corrupción que reinaba en la antigua corte, á las mas duras pruebas. El rey era tenido por avaro, pero ¿en dónde estaba su avaricia? Consideraba los ingresos del Estado como un sagrado depósito á él confiado, al cual no podía tocar como no fuera para el objeto á que estaba destinado. Cuando la reina madre le suplicó que pagara sus deudas, le contestó: «El dinero del Estado no me pertenece: las necesidades son grandes y no hay recursos para atenderlas; por lo mismo no puedo disponer del dinero del Estado para pagar vuestras deudas; pero si los ahorros que como príncipe heredero he hecho pueden servir de algun alivio, os los ofrezco con gran satisfacción;» y en efecto, le envió 100,000 thalers, que constituían todas sus economías. A su hermano Enrique, que contaba 17 años y que le pidió le concediera una asignación especial, le contestó: «Hermano mio, el Estado tiene grandes necesidades á las cuales no puedo atender, y por lo mismo me veo obligado á rechazar tu petición; pero si necesitas dinero para tu instrucción y pagar maestros con mucho gusto te lo facilitaré de mi propio bolsillo.» La reina no hacía vida aparte, pues el rey decía que gustaba de vivir en familia y que, por lo mismo, no quería tener más que una mesa. Federico vivía como rey de la misma manera que había vivido como príncipe heredero: habitaba la misma casa y no quería ir á vivir á palacio hasta despues de haber pagado las deudas de su padre, para lo cual, según él decía, necesitaba tres años. Sin este espíritu de estricta economía no podía reorganizarse la hacienda de Prusia, pues al examinar las cajas y los documentos justificativos de gastos se descubrían cada día nuevas huellas del espíritu de dilapidación que había distinguido hasta en sus últimos momentos al difunto monarca. Todas estas heridas debían cicatrizarse con el tiempo, y nadie ponía en duda que el joven rey mejoraría la situación del Tesoro público tanto como la había empeorado Federico el Grande.

«Levantábase todos los días muy temprano y trabajaba mucho, ya solo, ya con los ministros; pero nadie creía que esto lo hiciera por simple deseo de imitar á Federico II: su sistema de gobierno y su método eran peculiares suyos y en ellos no entraba para nada el ejemplo de los demás. Lo que hacía, lo hacía porque se creía obligado á ejercer por sí mismo su misión como rey, en vez de confiarla á los demás, y porque opinaba que de otra manera no podría ejercerla. Hacíalo, sobre todo, porque tenía una voluntad que era suya y no de los demás, y un carácter que le pertenecía por completo. Federico el Grande le había conocido ya cuando aun era niño y había trazado su horóscopo. Un día jugaba á la pelota en el cuarto en que trabajaba el rey sin poner atención en éste; la pelota fué á caer sobre la mesa, y Federico, á quien el juego comenzaba ya á molestar, se la guardó. El niño pidió la pelota, que el rey no quería devolverle, y por ello se enfadó, se agarró de la mano de éste y quiso arrebatársela el juguete. Federico se complació durante algun rato en prolongar esta escena, y por fin tomando al niño en brazos le dijo: — Ven acá, hijo mio, deja que te abrace; ahora veo que el emperador no te arrebatará tu Silesia.» La nación le adoraba y tenía puestas en él sus mayores esperanzas. Este sentimiento de general benevolencia se manifestó cuando se negó á restablecer el monopolio del tabaco y destruyó todo aquello que al final del anterior reinado se había hecho con este objeto. El cariño público se aumentó considerablemente cuando se vió que quería hacer luz en los fraudes de los favoritos y sobre todo de la condesa de Lichtenau. Enemigo declarado de todo lujo y de todo lo superfluo, vivía en la mayor sencillez, iba á pasear al parque solo ó á lo mas con un

ayudante, y recibía con la misma amabilidad y sin hacer distinción de clases ni de categorías á cuantos querían hablarle.» Tal era la descripción que se hacía del monarca antes de que se cebaran en él el odio y las injusticias de los partidos, los cuales no le perdonaron que no quisiera entenderse con ninguno de ellos, y antes de que su carácter se agriera á causa del dolor y la ignominia de catástrofes que no hubieran podido evitarse ni con mas sabiduría ni con mas energía de las que á él adornaban.

Al entusiasmo con que el francés Caillard ensalzaba el carácter de este joven monarca contribuía en gran parte la esperanza de poderle atraer á una alianza con la República, respecto de la cual, si no engañaban las apariencias, guardaba una actitud tan distinta de la que había observado su padre. Así lo aseguraban en todas ocasiones no solo el príncipe Enrique sino tambien el conde Haugwitz, el cual hizo al agente diplomático francés Otto la siguiente importante manifestación: «Nadie está contra vosotros mas que los aristócratas; el rey y el pueblo están á favor de Francia. La provechosa revolución que habeis hecho de abajo arriba se hará en Prusia lentamente de arriba abajo. El rey es demócrata á su manera y trabaja sin descanso por la destrucción de los privilegios de la nobleza, siguiendo en esto, aunque con medios mas lentos, el plan de José II. Dentro de pocos años no habrá en Prusia ninguna clase privilegiada: á los nobles se les dejarán sus condecoraciones, que sustituyendo á las pensiones aliviarán nuestra Hacienda; pero la necesidad de llevar una vida cómoda les obligará á emprender carreras mas productivas, como el comercio y la industria. Y como el monarca ha tomado estos principios de vuestra revolución, por eso los aristócratas os detestan y no lo ocultan (1).»

A pesar de todos estos sentimientos, Sieyes se convenció de que no podría atraer á este monarca á los planes de una unión con Francia, y adquirió tal convicción cuando en julio de 1798 fué á Berlín con una misión extraordinaria para proponer á la corte prusiana una estrecha alianza, que recomendó bajo el doble punto de vista de que robustecería la paz y aseguraría el engrandecimiento de Prusia por medio de las secularizaciones. El rey, sin embargo, no tenía ningun deseo de engrandecerse, y en cuanto al propósito de paz que se atribuía la República, lo media por la oposición que sus plenipotenciarios habían hecho de continuo en Rastadt á la paz del imperio. El conde Haugwitz entregó en 2 de agosto de 1798 al ciudadano Sieyes un documento (2) donde se señalaban con gran insistencia las proposiciones de la diputación de paz de Rastadt como los únicos fundamentos verdaderos de una paz sólida. El embajador de la República comprendió muy pronto que no conseguiría una alianza contra el Austria como la que él había imaginado, y que bien podía darse por satisfecho si Prusia seguía fiel como hasta entonces á su ventajosa neutralidad. Respecto del conde Haugwitz se había equivocado por completo; así es que en 28 de julio escribía: «No pertenece el conde al partido francés; su partido es el de no hacer nada (3).» Creía haber encontrado en él, mas bien que un ministro de Negocios extranjeros, un centinela puesto en la puerta del despacho con la orden de no dejar entrar en él los tales negocios, y vió en él toda la habilidad de un pulido cortesano, toda la elocuencia de un ingenioso charlatan puestas al servicio de una pícaro tendencia á no oír lo que se le decía y á no contestar á lo que se le preguntaba. Toda conversación en que con muchas palabras no decía nada, la consideraba él una verdadera ganancia. La pasión por los

(1) Otto á Talleyrand, 13 agosto de 1799. Bailieu, tomo I, páginas 505-506.

(2) Bailieu, tomo I, págs. 221-227.

(3) Bailieu, tomo I, págs. 483-484.